DE CAMINO POR EL DESIERTO

CLEOFÉ SÁNCHEZ MONTEALEGRE
Correspondiente

1.- Invitación

Desde el lago se pueden remontar las aguas y por el regato escogido gozar de los paisajes y comparar las lindezas de los contornos hasta entretenerse en satisfacción de la fuente que mana para surtir el surco de agua que, hermanada con otras aguas, han creado el lago que primero se había divisado.

En este caso el remanso es la Liturgia y los arroyos serán todos los Padres de la fe radicada en la Hispania. De ahí la necesidad de encuadrar la *fides quam corde credimus*[1] en el marco litúrgico ambiental.

Se puede decir *Romana*, por sus orígenes apostólicos. *Visigótica*, porque en esta época tuvo su máximo esplendor. *Isidoriana*, porque con San Isidoro alcanzó una normativa generalizada. *Ildefonsiana*, porque con San Ildefonso se logra una época de lozanía. *Eugeniana*, porque el canto alcanza su grado de mejor perfección. *Julianea*, porque San Julián fue el unificador y codificador del misal. *Toledana*, porque si en Toledo no tuvo su cuna sí que en Toledo encontró desarrollo, asilo y cobijo y desde Toledo se expansionó a los demás reinos y así en Toledo plantó sus reales en tiempos de bonanza como en las épocas de persecución hasta nuestros días. *Hispánica*, por ser timbre y gloria de la Iglesia española y uno

---

[1] MISSALE HISPANO MOZARABICUM, Arzobispado de Toledo, 1991, 74.

de los monumentos culturales más distintivos de una nación, de la Hispania, que es motivo de envidia para las naciones que perdieron sus ancestros litúrgicos por dejación o por obediencia malentendida a Roma en su afán centralizador[2].

Nos acogemos al nombre *visigótico-ildefonsiano* y así situamos la época de máximo esplendor y a uno de sus más egregios creadores e impulsores.

San Ildefonso no podía ser menos, nace en fecha que no tiene determinación cierta. En el arco que tiene por centro el año 607 vio la luz en Toledo en la casa de sus padres, que tampoco está ubicada con precisión. Su nombre, Ildefonso, no tiene antecedentes en la onomástica de la época, él que tantos vocablos emplearía e inventaría para localizar la esencia de la comunicación. Sus padres con toda probabilidad, paganos en su nacimiento y cristianos luego por el riego continuo de conversiones tras el Concilio III de Toledo. Su educación cristiana desde los primeros años. Desde su juventud «vive orando leyendo y meditando». Prior del Agaliense y fundador o mejor impulsor del monasterio deibiense. Llamado al episcopado desde noviembre de 658 preside como sucesor de Eugenio II la sede de la Iglesia de Toledo, donde descansa en la paz del Señor el 23 de enero del 667.

Sus obras:

Prosopopeya de la propia necedad
La Virginidad de María con tres infieles
Propiedad de las personas del Padre, del Hijo
y del Espíritu Santo.

---

[2] J.PIEN (PINIUS) *Tractatus Historico-Chrolologicus de Liturgia Antiqua Hispanica*, Acta Sanctorum Julii, VI, 1749; G. PRADO, *Manual de Liturgia Hispano-Visigótica o Mozárabe*, Madrid 1927, 9-21; J.FONTAINE, *L´art Mozarabe*, St. Léger Vanban 1977, 15-23 No cito adrede a Ramón Gonzálvez Ruiz, a Jaime Colomina Torner, a José Miranda Calvo, a Mario Arellano García, estudiosos de la cuestión mozárabe, porque con la cita podría amenguar la admiración merecida.

En los callejones de la Bastida

Notas de quehacer diario
Notas litúrgicas
Conocimiento del Bautismo
Progreso espiritual del desierto
Cartas
Misas, himnos y sermones.
Epitafios y algunos epígrafes, en prosa y en verso[3].

En este apunte biográfico llama la atención el lugar de su nacimiento. Posiblemente en el solar que daría siglos después lugar a la actual Iglesia de los Jesuitas. De un lugar profano o mundano nacerá un templo cristiano. Suelo y cielo se hermanan desde el nacimiento. Su nombre desconocido hasta entonces. ¿Origen germánico? Todo lo extranjero se hace ciudadano. «Hilde y Funs» «batalla y anheloso o dispuesto», significado que viene al dedo de Ildefonso para escribir en defensa de la Doncella María y con anhelo de Cielo y dispuesto en la tierra para descubrir desde la mirada la belleza que el mundo encierra dentro.

Desde el comienzo, abierto al descubrimiento de las maravillas que hay en el camino y en las que no te puedes detener porque la señal te lleva lejos.

Los expertos que saben interpretar los escritos con conocimiento de causa han dedicado estudios eruditos a sus obras principales; pero una de éstas –***De itinere deserti***[4]– ha gozado de la desgracia de ser obra no usual en la antigüedad y así se ha interpretado como una inflexión de decadencia a la hora de la explicación bautismal. Los

---

[3] Cf. J. F. RIVERA RECIO, *San Ildefonso de Toledo*, Madrid-Toledo 1985, 154.

[4] SS.PP. TOLETANORUM QUOTQUOT EXTANT OPERA...I, Matriti MDCCLXXV, 232-256. Edición crítica de VICENTE BLANCO Y JULIO CAMPOS, Madrid 1971, 381-436. Los entrecomillados referidos al *De Itinere deserti* son traducción de este último.

autores que conozco han tratado a San Ildefonso como el remanso de la teología bautismal y su ***De cognitione baptismi*** se puede considerar como la enciclopedia de la Edad Media para la interpretación del santo Bautismo, quedando el «De itinere» como obra desconocida o a lo más con una ligera referencia al tratado primero bautismal.

El intento –vano intento con toda probabilidad– es mostrar cómo Ildefonso descubre un modo nuevo postbautismal sin cambiar el método de la mistagogia clásica. Sencillamente hace la lectura de los hechos con los ojos del siglo VII.

2.- Aproximación a los Padres

«Cada vez –escribe Henri de Lubac– que la Iglesia profundiza en su fe, en su pensamiento y su teología, instintivamente retorna a los Padres. En la Historia de la Iglesia hay una especie de renacimiento permanente y de eterno descubrimiento de los Padres»[5].

Creemos que es preciso investigar el significado de los pasos rituales a veces, otras veces interpretaciones o alegorías para hacer patente su valor como ocurrió con la Iglesia primitiva[6] "Para que no penséis que nada de cuanto se hace, carece de significado, cuando hayáis sido bautizados en el nombre de Dios, durante los ocho días de Pascua se os hablará en la iglesia después de misa"[7].

---

[5] H. DE LUBAC, «La costituzione Lumen Gentium e i Padri della Chiesa» en AA:VV., *La teologia dopo il Vaticano II*,Brescia 1967, 228.

[6] Cf. J. DANIELOU, *Sacramentos y culto según los santos Padres*, Madrid 1964, 13.

[7] *Itinerario de la Virgen Egeria*, 46, 6. Edición bilingüe de A.ARCE, Madrid 1980, 316.Sin entrar en mayor profundización de la división de las etapas de la catequesis, se pueden ver en J. JANERAS,«Sobre el cicle de predicacio de les antigues catequesis baptismals» Revista Catalana de Teología, 1, 1976, 156-182. G.GROP, «L´evoluzione del cartecumenato nella chiesa antica» Salesianum 1972, 235 ss.

Los Padres parten de un convencimiento de que las realidades del A. T. son figuras de los acontecimientos y comportamientos del Nuevo Testamento. Así la tipología será la correspondencia establecida entre ambos testamentos. Así una figura del A.T. queda explicada y aplicada por el uso que se hace de ella en el N.T., por ejemplo el caso más socorrido, el del maná referido al pan eucarístico.

Desde la vertiente del A.T. se puede enumerar una primera tipología que será entonces siempre escatológica, pues aún cumplida en el N.T. seguirá remitiendo a los sucesos venideros y eternos. El N.T. no crea en sí mismo tipología alguna sino que se ha limitado a mostrar su realización en la persona de Jesús de Nazaret. Es el nuevo Adán que trae la época del paraíso futuro. La predicación apostólica utilizó la tipología como argumento para probar la verdad del mensaje de Cristo, mostrando cómo Cristo continúa y supera al A.T., como se comprueba en 1 Cor,10,11.

Así se da a entender que los sacramentos perpetúan entre nosotros las grandes obras de Dios en el A.T. y en el N.T. Por ejemplo, Diluvio, Pasión y Bautismo manifiestan la misma actitud divina en tres épocas de la *Historia Salutis* y están ordenadas al Juicio escatológico.

Esta simbólica bíblica constituye el fondo primitivo que nos revela el verdadero significado de los sacramentos en su institución originaria. La tipología sacramentaria nos introduce en una teología bíblica de los sacramentos que arranca de su significado original y cuya elaboración será continuada por las etapas posteriores.

Cuando estas catequesis son posteriores a los sacramentos y tratan de que el catecúmeno profundice en su sentido, toma el nombre de *mistagogia*, es decir, iniciación a los misterios, que es el último

período de la iniciación cristiana tenido después de haber recibido los sacramentos de la iniciación. En este período se profundiza en el misterio pascual mediante la meditación del Evangelio, la participación en la Eucaristía y el ejercicio de la caridad[8] que se han de considerar cada vez mejor y se han trasladar a la vivencia vital. Hasta aquí no hay ninguna novedad y en parte san Ildefonso sigue el mismo tratamiento, pero el problema se origina cuando no se trata de figuras bíblicas sino de cualquier elemento que se pueda emplear. ¿Sigue siendo mistagogia? Este es mi intento y opino con toda modestia que fue la intención de San Ildefonso de Toledo.

3.- SU LENGUAJE.

La escritura tal como nos ha llegado el «De itinere deserti» indica que «el hombre y el cosmos son la raíz de esta catequesis religiosa de estructura dialogal o convergente, pues ellos mismos, en cuanto co-implicados por mutua reciprocidad, son símbolo el uno del otro»[9]. En esta mutua urdimbre es donde se teje el itinerario –perdón por la reiteración– del contenido espiritual del libro. Presenta, desde luego, un apuro de entrada. ¿Qué entiende Ildefonso por «sacramento»? El divide claramente su exposición en capítulos que los titula: *De sacramento*; otros, *De significantia* y uno sólo, *De significatione*. Intento explicarme para explicar a mi amigo Ildefonso. Con toda certeza se puede afirmar que él conocía a san Agustín y no le era desconocida la definición agustiniana. «El signo es una cosa que, además de la imagen que infunde en los sentidos,

---

[8] *Nuevo diccionario de Liturgia*, Madrid 1987, c.2102. Asimismo *Praenotanda Ordo Initiuationis Christianae Adultorum*, nº 37, que añade *«altius percipiendo et in vitae usum magis magisque traducendo»*.

[9] D. SALADO, *La religiosidad mágica*, Salamanca 1980, 106.

hace venir otra cosa al pensamiento»[10]. Esta definición puede explicar los tres pasos ildefonsianos: sacramento como forma visible de la gracia invisible, donde «significantia» sería la forma visible y el «significatione» podría ser el resultado de la combinación de ambos elementos. Ildefonso, sin embargo, hará coincidir «significantia» con significado y usualmente así se hace en sus traducciones. Las opciones pueden ser variadas, pero opino no estar alejado del buen sendero y no andar por atajo si enunciamos sencillamente los capítulos. Sacramento de la luz, del óleo, del pan y del agua. En esta enunciación están los elementos primordiales de la iniciación cristiana: agua, óleo, luz, pan. Los tres sacramentos unitarios de Bautismo, Confirmación y Eucaristía.

Los elementos que emplea, él mismo lo declara: «Señalada la hermosura de montes y bosques que prestan la dádiva de su verdor y frutos a los destinados al descanso eterno con la manifestación de las virtudes, hay también agudas consideraciones sobre las inocentes aves, que o bien alegran al viajero hacia Dios con sus dulces melodías, o le deleitan con la hermosura de sus gracias, sirviendo de solaz al viajero y aliviando las penalidades del camino con su protectora compañía» (c.53). Por tanto la clasificación viene impuesta por la mera lectura: el mundo inerte despertado por el mundo vegetal y habitado por el mundo animal[11].

4.- Preparativos.

Para ponerse en camino hay que estar liberados de toda atadura y pueden caminar sin miedo a la marcha, los libres. Los esclavos

---

[10] *De doctrina cristiana*, 2,1. PL. 34,35: «Signum est res praeter speciem quam ingerit sensibus aliud aliquid *ex se* faciens in cognitionem venire».

[11] Los números entre paréntesis son referencia a los llamados capítulos del *Itinere deserti* en las ediciones antedichas.

arrastran la cadena y así no pueden escapar del ejército que los persigue. Aún derrotado el ejército enemigo, no se puede permanecer en el campo de victoria, se ha de caminar y «se ha de considerar a dónde somos conducidos y por donde lo somos, recordando que somos atraídos y llamados, por la sola gracia del Creador, a la tierra de la promesa» (c.6). Será la «sabiduría de Dios sumo (quien) instruye en su doctrina paterna a los hijos recibidos del bautismo y los protege con su misericordia paternal» (c.7).

En el bautismo las aguas del mar Rojo se han abierto para dar la bienvenida al bautizando, pero, arribado que se ha a la orilla, no todo es el canto de la hermana de Moisés. En el desierto se encuentra la fuente de la amargura, no porque su encuentro fuera amargo sino por el amargor de las aguas. Tras la alegría del bautismo, ahora «venimos al conocimiento de la ley. Y dado que, si no se tiene antes conocimiento del orden histórico, no se puede conocer el entendimiento... Pero cuando se pregusta su exterior, porque la letra mata, causa fastidio por su amargor. De ahí que ni la serie de sus preceptos da algún sabor en su uso, porque no conduce a la perfección. Recibimos la letra que mata... pero recibida la fe de la inteligencia espiritual... el leño de la cruz se convierte en la dulzura de la fe» (c.8).

Hay un sentido interior que encubre cada pasaje y hay que desvelar el contenido para llegar a la dulzura. Cuanta amargura tiene la palabra en su apariencia, tanta cuanto suplicio la cruz de Cristo, que por dentro se convierte en sabor de bocado divino.

Pasado este mal trago, se llega a «las doce fuentes de las aguas dulces y de las setenta palmeras». De pronto el agua se convierte en paraíso donde discurren los arroyos que manan de la fuente de agua dulce y se diversifican en borbotones intermitentes, que significa la fuente de cada apóstol y en su entorno han crecido cinco palmeras

que son el símbolo de los setenta y dos discípulos que se llevaron la muestra de la victoria y han quedado diez, los más próximos a los apóstoles, en esta aproximación simbólica personal, y así todos «bebemos la doctrina y tomamos los dulces frutos de la victoria» (c.9). Los apóstoles son llamados «elim», es decir, «carneros fuertes que son guía de su rebaño y príncipes robustos de las ovejas».

El camino ya está preparado, pues las puertas se han abierto y todos han desplazado sus pasos en la evangelización, en la buena nueva a todos los pueblos. ¿Cuál será el camino más excelente preparado por la abreviación más rápida de la salvación? El Evangelio. ¿Cuánto durará este recorrido? ¿Cuánto tardó el pueblo en el desierto? ¿Cuánto duró el desierto de Cristo? Cuarenta años, cuarenta días, cuarentena, cuenta sin término hasta que no se llegue al reino.

5.- Plantas y árboles.

El viaje, una vez preparado, se ha de emprender sin dilación y no dejar pasar los días a la espera de ver el momento de cargar con la valija a cuestas. De todos modos habrá que ver si todavía algún yugo impide la marcha, pues el paso no se puede aligerar, si no se ha aligerado el alma de toda atadura terrenal. Los pies deben estar preparados y para ello, «el **óleo** de la consagración por el que recibimos la unción de la alegría espiritual y cuando nos cae su infusión, se disipa por la putrefacción el yugo» (c.26).

Vientre lleva a pies que no al revés. Habrá que alimentarse y poner el viático en las alforjas para el camino. En el viaje puede faltar cualquier cosa, pero nunca el pan. «El **pan** del maná celestial, que selló Cristo con la realidad de su cuerpo cuando dijo Este es el pan vivo que bajó del cielo y da la vida al mundo» (c.27). El alimento se precisa, pero antes ha sido necesaria el agua porque ésta

es imprescindible, ya que si no se ha pasado por la puerta del bautismo, malamente se puede llegar a la mesa del pan. De tal categoría es el agua, que «es *agua* de vida» brotada de la *piedra* al golpe de la *vara*, porque en el bordón del peregrino se han esculpido dos leños en forma de cruz y así la representación del *agua* y de la *sangre* para remisión de los pecados se ofrece sin descanso. Aunque Ildefonso presenta ya el verdor de ramas y las sombras consiguientes, tanto *hojas como frutos y verdor* son más promesa a culminar que realidad a gozar sin interrupción en este lento caminar.

No termina todo con el bautismo. El santo Bautismo es puerta y abre un horizonte que no solo hay que contemplar sino que se ha de pormenorizar tratando de «llegar, por el cumplimiento de los preceptos divinos después del bautismo, a la mansión de la vida eterna» (c.1). A la vida eterna caminamos con «su aspecto de verdor» (c.28).

Una vara emplean los hombres de campo para sostener el cansancio mientras recorren las anegas de la propiedad y transitan por las ajenas. «La vara de la carne de Cristo» se ha secado por el suplicio, pero vencida la muerte, ha florecido. Fue desgajada de la raíz de Jesé, pero de tal modo se ha revitalizado que sirve de cayado tanto para reinar como para gozar de la gloria de la eternidad, donde todo reino es servicio y donde todo servicio es amor sin fin, eternal (cf.c.29).

Los campesinos saben con sabiduría asimilada los temperos según el florecimiento de las flores campesinas. Las tierras de labrantío se adornan de amapolas que esmaltan el verde y señalan la bonanza de la tierra y los valles se adornan de lirios. En este labrantío del espíritu encontramos la «flor de la llanura y el lirio de los valles porque Cristo... brilló como joya y resplandeció con la humil-

dad de las vírgenes» (c.30). La tierra virgen es fecundada, al estilo de Santa María, y ahora su fruto embellece la senda para hacerla más llevadera.

Las vides componen retazos de sarmientos y de pámpanos y hacen que el secano quede engalanado consiguiendo que el gozo del camino sea más esperanzado, porque la vid es anuncio de vino y con pan y vino se anda el camino. «La vid evangélica... se ofrece como la vida a los que creen en ella... y los tiene como sarmientos para la vida eterna; y la sangre de esta uva es el precio del mundo...» (c.31)

«Los ojos del alma ven a Dios. Pero si tú me dices: 'Muéstranos a tu Dios', yo podría responderte: 'Muéstrame tu hombre y ahora yo te mostraré a mi Dios'. Demuéstrame tú qué ven los ojos de tu alma y qué escuchan las orejas de tu corazón»[12].

Ahora bien cuatro ojos ven más que dos. De ahí que hacer el camino en comunidad supone el gozo de la compañía y el destierro de la soledad. La compañía comporta reposo y el granado con su sombra nos puede dejar acariciar su fruto, la granada. Reencontrados podemos tomar un bocado de **granada** y al desgajar la corteza, nos encontramos con la sorpresa. «Allí la granada de la nobleza de la Iglesia... en apretada unidad... de granos de fieles... en compartimentos... por la unidad de la fe, a la que la sangre de Cristo tiñe de rojo con su marca» (c.32). Definición de Iglesia insuperable desde la granada donde cada grano tiene su espacio y donde todos separados, pero unidos están por la sangre de Cristo. No está lejano el pensamiento de san Agustín que habla cómo entre piedra y piedra la argamasa unitiva es la misma Sangre de Cristo.

---

[12] F. BERGAMELLI, «Il linguaggio simbolico» Salesianum XLI, 1979, 2, 280 que cita las Catequesis misioneras de Teófilo de Antioquia.

Ya que estamos de árboles frutales, en el campo siempre se encontrará la higuera que nos puede deparar sorpresas como ocurrió con el Evangelio, pero aquí Ildefonso hace un giro en su interpretación, claramente favorable a los seguidores del Evangelio. «La **higuera**, desechando los higos inmaturos de la ley de los judíos, condujo... a la dulzura del Evangelio...» (c.33). La semejanza está traída con perspicacia. Ahora los higos son sabrosos y aguanosos con la dulzura de la miel y así el camino se hará en dulzura, pero no se puede caminar con la boca empalagada por el dulzor, habrá que limpiar los labios para poder andar con vigor. No lo han hecho así los gentiles, de alma infecunda, pues se acercaron a **estanques** «inertes, inútiles, sin fruto». Los bautizados que han pasado por el estanque santo por la predicación, pueden beber de los «ríos de doctrina». Y a lo lejos, junto al río de la doctrina sana, se levanta el **cedro** y ya adivinamos su «fuerte olor» como exhalación de las virtudes de los santos y como «marca» de sus obras buenas. Atrás ha quedado la podredumbre y la corrupción y ahora se debe disfrutar del «buen olor de Cristo para Dios» (2 Cor 2,15) (c.35).

No obstante no creemos falsas expectativas, que el itinerario tiene sus complicaciones, aunque sean «bienaventurados los pies que anuncian la paz», pues todos tienen asegurada la herida y la hinchazón de los pies. «La **espina**... en cuanto trata de los pecados y de las virtudes... compunge el corazón de los discípulos, que obliga... a derramar lágrimas por los ojos como si fueran, en cierto modo, sangre del espíritu» (c.36).

Este «lenguaje simbólico de las imágenes es siempre importante sobre todo en la catequesis de los pobres y sencillos, porque más allá de los razonamientos difíciles, habla a todo el hombre, al corazón y a la fantasía, no solo al entendimiento. Por esto mismo la ima-

gen es muchas veces el trámite privilegiado para entender el mundo misterioso de Dios y de la Fe»[13].

De ahí la paciencia que se ha de tener en los pasos a dar y en los ya dados. Viene bien el adagio antiguo «vísteme despacio, que voy deprisa». La moderación de los sentidos y del mismo uso de los sentidos deriva en sobriedad y, aunque se haya de tener benignidad siempre, hay que evitar toda relajación si se quiere culminar la meta a donde el camino orienta. Nos encontramos con el **mirto**. Este «tiene la virtud de la templanza... presta ayuda a los atribulados» o bien consuela, restaura y alienta para evitar que la fatiga aplaste y disuelva pero todo se hará «por compasión y misericordia» (c.37).

Entramos en crisis por el lento caminar y el cansancio hace mella en las fuerzas, pero la «condescendencia» de Dios hará aparición en figura de misericordia, trato favorable para los fatigados por el esfuerzo o por la debilidad de la carne. «El **olivo** de la misericordia, cuyo líquido se manifiesta muy aceptable ante la mirada de Dios» (c.38). No hay que olvidar que el hombre ha sido ungido para la vida en el santo Bautismo y un día en el camino surgirá la enfermedad y entonces se impone de nuevo la unción. Así el hombre en la fe discurre entre dos unciones, la última es preparación para la eternidad. Detenerse es morir, pero vivir en la situación del día a día es descubrir las señales de las huellas de Dios en cada momento. No se podrá hacer sin dejar un espacio para la contemplación con el aislamiento personal. «Contemplar... no significa un ver o constatar desprovisto de interés, sino que indica una comunicación que otorga salvación y redención»[14]. «**El abeto** de contemplación... contempla ya los bienes celestiales; y aunque haya nacido de la tierra, sin embargo, por la con-

---

[13] Ibidem, 282.

[14] R. HOTZ, *Los sacramentos en nuevas perspectivas*, Salamanca 1986,41.

templación toca ya la cima del monte en las alturas» (c.39). Según voy por la tarde oigo risas y lamentos y me acerco a todos y pregunto el por qué de la risa y la causa del llanto. La creación entera abre su boca y comunica el mensaje para todos, que los sotos encierran sus huellas y que la presura es detenimiento para el alma, cuando queda extasiada ante la adivinación de la presencia de otro mundo, partiendo de la terrenalidad habitada por la humanidad.

¡Ay de los contemplativos que se quedan solos en el camino! ¿Qué sería de ellos si otros con los pies en tierra no se preocupasen de su sustento y no tuvieran atención de sus cuidados? Los bienes temporales no son malos y alguien debe preocuparse de la intendencia, pues aunque Dios ande entre pucheros, nadie construye la ciudad si el hombre no se responsabiliza de ella. Así se nos expone el **olmo** «del poder secular, que..., aunque no produzca ningún fruto de virtud espiritual» sustenta con su largueza a los santos (c.40). «El olmo es digno de sostener como una vida con frutos». Aunque se podría dialogar con Ildefonso en su contexto de cómo concibe el poder temporal y cuál es para él la misión o función de la autoridad en el orden de la construcción de la ciudad terrena, ya es suficiente destacar la aplicación a los cuidados temporales. Para dar más pasos habrá que trasladarse a otras épocas, que son las actuales.

Seguimos en la tierra, pues a ras de tierra nace el **boj**, que tiene «verdor perenne» y, aunque no alcanza nunca altura, ni fruto por la fragilidad de su edad, pero es fiel seguidor de la creencia de sus padres y siempre está en verdor de esperanza (cf c.41). Quizás la interpretación correcta sea la dialéctica del subir y del bajar. En la bajada nos encontramos con el color del terruño y el color amarillo de la madera del boj, que comparte con la tierra la dureza de su madera y asemeja con el adobe su sustancia compacta. Abajo todo es duro. No en vano desde siempre llamamos valle a la lágrima.

El **pino** como estilete en lo alto, sólido en su madera y en su constante reverdecer, como profecía de la inmortalidad. Inmortalidad augurada para los vencedores coronados con corona de pino en los juegos olímpicos, representa a los elegidos que desprecian los deseos humanos haciendo virtud cada día, de la paciencia en espera de vida eterna en la tierra. La **piña** no se puede romper nada más que «con el martillo de infatigables esfuerzos» y está negada a los ociosos. Ahora empleada con inteligencia, «da sabor a las fauces con el discurso y robustece el estómago de la mente con la inteligencia de la virtud, sacando la resina en...la paciencia...que, aplicada a las heridas de los prójimos, no solo cura la llaga con salud, sino agrada el olfato con la buena opinión» (c.42).

Un ciprés nacido en la ladera del camino y un ciprés quedó plantado en nuestra morada cuando salimos de casa. El ciprés con su verdor perenne pregona las presencias y se coloca a la entrada de los pueblos y a la salida para avalar la memoria de todos los pobladores en su estancia y cuando emprendan el regreso. Más tarde estará en los cementerios anunciando la eternidad pero también la presencia de los fallecidos. Una perennidad que no se acaba sino que se traslada de vivencia, a pesar de que el fruto sea duro y haya que romper la cáscara para la inteligencia del misterio. Este es el fin de la mistagogia, introducir en el conocimiento del misterio, que sitúa al hombre en su sitio haciendo verdad que «el hombre es la medida de todas las cosas pequeñas» (Vázquez Montalbán) y las cosas pequeñas le trasladan a lo **invisible** que es lo mismo que «inaccesible, inexperimentable», pero experimentado por la contemplación que equivale a «experimentar, recibir comunicación»[15]. En este momento añoramos la casa y soñamos con su construcción y en su ornamentación. De **cedro** será la vertiente alta que medirá distancia hasta Dios. La vertiente a los

---

[15] Cf. R. HOTZ, Los sacramentos en nuevas perspectivas, Salamanca 1986,44.

hombres será de **ciprés**. Así la combinación enlazará «los dos amores, el de Dios y el del prójimo...morada de Dios...para una cosa sea el amor de Dios, como poder de protección, y otra el amor del prójimo, como adorno» (c.43).

Con ánimo de rememorar tiempos de infancia, al pasar por los arroyos que nacen de los estanques saludables, cortamos una caña para hacer una flauta y así competir con los pastores al frente de sus rebaños; pero ahora hemos mirado y la caña nos invita a hablar y a enseñar porque «la **caña**, alimentada por el agua de la doctrina espiritual, logrando tal grado de dignidad, que, aprovechando con la palabra de Dios, el escritor se haga como maestro o predicador» (c.44). Y con la caña venía el **junco** que se uncía a la mochila, como hacían los antiguos con la pesca de los arroyos. El junco nunca llegará a ser caña como el alumno no se puede comparar con el maestro. «El junco... conserva la virtud de la obediencia (y) aprovecha para aprender derecho» (c.45). La aplicación sería campanuda si se refiriese a la ciencia de las leyes; pero opino alejarme de san Ildefonso si traslado el pensamiento. Baste con afirmar el cumplimiento de los preceptos, sin descartar cómo el derecho es fruto de la obediencia a la Ley suprema.

No caminamos solos. Ya antes otros hicieron el camino y sus huellas han quedado en el polvo como las huellas de Cristo estaban grabadas en el río impetuoso de la piscina, al decir de las Odas de Salomón. Nadie puede tener la exclusiva de descifrar el símbolo que enuncia las «estructuras humanas dotadas de un estado cultual y capaces de vincular (religio) a los miembros de la comunidad que reconocen tales símbolos como normas de su conducta»[16]. A nuestra vera han crecido el **blanco lirio**, que simboliza a las vírgenes; la

---

[16] P. RICOEUR, «Iniciación a la práctica de la Teología», I, Madrid 1984,44, que recoge una cita de E. CASSIRER, *Filosofía de las formas simbólicas*, México, 3 volúmenes. 1954 ss.

rosa, flor de la purpúrea sangre de los mártires; la **violeta**, el don de los continentes (c.46).

Todos ellos purificaron su carne con la sangre del Cordero y en la vida dejaron prendidos de la espina sus intereses e hicieron una estación penitencial en cada ocasión que las circunstancias requerían y supieron bendecir su cabeza con el agua de bendición y consagraron sus cuerpos como templos, cuando las ramas de hisopo esparcían por el altar la consagración. Las etapas de vanagloria han quedado en el olvido y así han purgado ya en vida la soberbia de la vida hasta secar en el corazón el globo hinchable del orgullo. «El **hisopo**, virtud purgativa... con la austeridad del precepto» (c.47).

La vida se hace escala a escala y plano a plano. La jornada diaria endurece las plantas y vigoriza los músculos. Pretender hacer de un tirón todo el camino, supone quedarse con la senda delante como invitación constantemente rehusada. Se necesitan tantas cosas para pisar con aplomo la meta. Una de ellas, la **mostaza**. La mostaza asemeja al reino de los cielos por su semilla y por su vigor. Tallo alto, semilla pequeña, pero de vez en cuando supera a las legumbres y hasta ciertos arbustos. ¿Qué características tiene la mostaza? Siembra humilde, madurez esbelta, forma indivisible. Entera es inodora, partida exhala olor y sabor inaguantable. Según se mire, es humilde, despreciable y solitaria. Si se la mira con atención, es indivisa, suave, de fuerte olor y sabor. ¿Cuáles serán los significados? No está infectada de herejías, acepta el yugo de Cristo, olor de Cristo. En su crecimiento alcanza los premios futuros, simbolizados por las aves, que anidan en sus virtudes (c.48).

Posiblemente en la descripción de san Ildefonso estaba entreverada la opinión popular que decora la mostaza con la concesión del cariño, la elocuencia de la palabra, la inteligencia y el entendi-

miento a quien lleva sus raíces consigo[17]. Es, por otro lado, señal del amor materno y, por tanto, de Santa María, porque cuando llueve, se doblan sus hojas sobre las flores, formando una especie de techo protector. Esta idea debería ser de san Ildefonso, por el significado del seno materno.

Con el buen olor y unos granos de mostaza, las plantas han terminado con olvidos imperdonables que en nuestro viaje han sucedido. En este momento del descubrimiento de los olvidos, merece la pena hacer recuento de lo vivido y sobre todo, de cuanto se encierra en su significado. Lo simbólico no es una etapa de la historia humana sino un nivel irrenunciable de la conciencia humana presente en todas las épocas, aunque en algunas haya podido ser artificial y violentamente reprimido. El símbolo, el mito, la imagen, concluye Eliade, «pertenecen a la sustancia de la vida espiritual, se los puede camuflar, mutilar, degradar, pero no se los extirpará jamás. El pensamiento simbólico no es el dominio exclusivo del niño, del poeta, del desequilibrado, es consustancial al género humano»[18].

La vida está siempre abierta y limpia como los cuadernos de los niños en septiembre, cuando comienza la escuela. La resonancia nunca se apaga ni se silencia. «El símbolo... no es nunca explicado de una vez para siempre, sino que siempre tiene que ser descifrado de nuevo, lo mismo que una partitura musical nunca está defintivamente interpretada, sino que siempre está pidiendo una nueva interpretación»[19].

---

[17] Diccionario Rioduero, –Símbolos– Madrid 1983,159.

[18] J. MARTÍN VELASCO, El simbolismo desde la ciencia de las religiones, en: A. DOU, Lenguaje científico, mítico y religioso, Bilbao 1979, 161-198 y M.ELIADE, Imágenes y símbolos, Madrid, 1974, 12.

[19] Ibídem, 165 citando a Henri Corbin.

Estas características del símbolo, suelo natural de la mistagogia, hacen que exista una rebelión permanente y, cuando es expulsado de la sociedad de los sabios, busca poner su sabiduria en los humildes. Por algo ha nacido ahora, cuando el símbolo es abandonado por los sabios orondos y campanudos, un nuevo tratamiento, la Ecología, la lectura antigua y ahora presentada como nueva, de la naturaleza en su entraña de profundidad.

Con toda razón se puede afirmar que desde la visibilidad de la naturaleza «Dios es visto por aquellos que lo pueden ver con tal de que tengan abiertos los ojos del alma. Todos tiene ojos, pero algunos los tienen con cataratas, no ven la luz del sol. No obstante por el hecho de que los ciegos no vean, la luz del sol no deja de brillar; más bien la reciben los ciegos y con sus ojos»[20].

En éstas estábamos cuando la reflexión interrumpió el caminar y no nos percatamos de mirar, porque las habíamos visto, pero no habíamos reparado en ellas. «Señalada ya la hermosura de montes y bosques, que prestan la dádiva de su verdor y frutos a los destinados... con la manifestación de las virtudes, hay también agudas consideraciones sobre las inocentes aves» ¿Para qué traer ahora las aves? ¿Por qué privarnos de la alegría en el viaje, por qué no atender sus dulces melodías? ¿Para qué olvidar el deleite de sus gracias? Las aves sirven de solaz al viajero y alivian las penalidades del camino con su protectora compañía (c.53). ¿Hay aves en el desierto? En el desierto de la vida, ciertamente.

6.- AVES

A nuestras manos, ansiosas de unas migas han llegado las **palomas**. Su vestido es sencillo y no alberga hiel en el corazón y care-

---

[20] F. BERGAMELLI, a. c. 280.

cen «del amargor de la ira y de la indignación». Siempre la paloma es anuncio de paz y da paz verlas en el entorno y en el caparazón de las manos. Así en el Jordán, la Paloma enseñó a Cristo a predicar como las palomas, e invitar a la mansedumbre, pues tantas manos hay que estrechar en la vida que la templanza se debe comunicar con la suavidad de la pluma de la paloma (c.54). La paloma se ha posado en tantas varas, como la de José, que bien venidas sean a nuestro cayado de peregrinos.

En soledad encontramos al **pelícano**, pues lo suyo es la soledad del que ha dado para que los demás vivan, que al final se queda con la certeza de un amor abnegado. En su soledad promete seguir dando de su propia sangre, la que le resta, por la herida del costado. «El pelícano solitario... Cristo... engendrado fuera de las leyes naturales, se mantuvo en la mansión de la soledad virginal» (c.55). Nuestra peregrinación contempla al pelícano y a la mente viene un amor sin medida que la sangre no tiene medida ni siquiera agotamiento.

A la derecha –todavía las vemos– hemos dejado unas ruinas y en ellas había **lechuzas**. Era noche entrada y nos ha entrado un escalofrío de noche y de muerte. Su grito ha penetrado como un rayo las sombras y las han iluminado con su resplandor y el batir de sus alas y el chocar de sus picos asemejaban tambores de presagios, que se han tornado presentimiento de sabiduría. «La lechuza... es el mismo Señor... que... por las sombras tenebrosas de la perfidia, no quiso despreciar a los perseguidores» sino que se quedó entre ellos (c.56). Asombrosa trasformación de un simbolismo tremendista de muerte o al menos de desgracias en un lenguaje de presencia oculta entre las ruinas de la humanidad. Nunca mejor que la lechuza nos puede alertar para que sea verdad el cantar «entre vosotros está y no le conocéis».

Para estar en medio hay que ser muy pequeño y pasar desapercibido para no ser aplastado por las aves grandes o perecer entre sus garras. El sufrimiento de estar en medio de las ruinas, teniendo vocación de anidar «en la morada de la gloria», es pasión en la obra tenebrosa del pueblo en ruinas. El **gorrión** es el último de los pájaros y representa a los humildes. «El único **gorrión** del edificio celestial es ciertamente Cristo» (c.57).

¿Cómo no se iba a ocultar en el agujero de las piedras viejas el gorrión si está planeando el **águila** con un dominio del cielo que da miedo? Mira cómo despliega sus alas y las deja inmóviles y levanta su cabeza y encara el sol nada más levantarse por el poniente. ¿Cómo el gorrión no se ocultará ante la sombra de las alas de la «reina de las aves»? Toda potencia es poca para su resistencia y se corona de luz y se confunde con el sol y erguida no vuela, permanece en éxtasis. «El águila de la protección divina... protegió... a los creyentes en las alas extendidas de las manos en la cruz... y subió con el vuelo de la ascensión... llegó al Padre y declara al mundo lo que conoció del Verbo de Dios» (c.58). En esta hora del amanecer suena la campana de la oración y llama al conocimiento y a la contemplación.

La **zarceta**, llamada ahora **cerceta**, ya está recogida en su casa que es la piedra. Ha llegado antes que el resto de aves, pues no ha abandonado su casa de piedra. Parecida a la paloma le gusta más la quietud y prefiere ser señal de cobijo antes que buscar asilo fuera. Por eso todos los pájaros la saludan como a su guía. «La zarceta... es Cristo... guía de todos los santos para la entrada en la vida eterna» (c.59).

Entre los leños de la casa en ruinas gusta la **tórtola** hacer su nido como reclamo de fidelidades ya que fuera, a la intemperie,

siempre hay peligros. La tórtola gusta de anidar entre leños como si su vocación fuera hacer gavilla de sentimientos como los agricultores hacen en la época de la sarmentera. En el nido siempre, aparte el cobijo, habrá calor y con el calor en el alma se puede soportar cuanto la vida depara. «La **tórtola**... coloca en su nido (hecho con los leños de la cruz) a todos los creyentes, como polluelos... hasta aquel grado de capacidad para imitar la pasión ... y la cruz» (c.60).

Ya ha amanecido y todavía hay muchos en sus nidos. La **golondrina** rasga los aires con la agudeza de sus chirridos y anuncia el nuevo día a los perezosos, pues su misión siempre es el anuncio y levantar el vuelo para renacer las esperanzas tras los largos letargos del invierno. La golondrina lleva consigo la buena suerte y en el alero que comienza su nido, es bendición para todos los moradores de la casa. «La golondrina... no capturada como presa por ninguna ave demoníaca de rapiña; construyendo... el nido de la mente... hogar de los hombres» los polluelos, y «dirige toda su actividad a lograr el vuelo de la virtud perfecta» (c.61).

La **gallina** levanta la cabeza y mira por un instante el vuelo rasante de la golondrina y de inmediato baja sus ojos porque no se puede permitir dejar a sus polluelos desprovistos de alimento. Con el sol ya ha puesto sus huevos y su vigilancia es inalterable, pues en la madrugada ha tenido que expulsar las larvas de la noche. La gallina sabe mucho de noches y ama con intensidad el día para dedicarlo a sus crías. Faltaría más que se la quisiera comparar con el altivo **faisán**, que engreído en sí mismo, desatiende sus polluelos. Ni tampoco quiere parecerse a la **perdiz**, que deja a sus crías nada más romper el huevo. La gallina es «agradable por su mansedumbre, esforzada en el cuidado» es congregadora de todos sus pequeñuelos, «no deja que les apure ni el frío ni el hambre». «Cristo siempre quiere congregar a sus hijos bajo las alas de la protección» (c.62).

¿Qué ha pasado con el Ave Fénix que no aparece en el códice? Traspapelado por algún rincón del pergamino o posiblemente en una hoja que despistada, marchó al fuego con la esperanza de renacer de sus propias cenizas, ahora nos quedamos sin avistarle, pues posiblemente esté en las márgenes de algún río, en espera de mostrar a los discípulos la alegría de la Resurrección, aunque ellos se empeñen en ver fantasmas donde sólo existe el Fénix, vencedor de la muerte y dador de eternidad (c.63).

Entretenidos en la panorámica de la casa y envueltos en la consideración de las ruinas, la atención se prendió de aves domésticas o domesticables y se perdió de vista el conjunto que en la maleza deja trasparentar la fiereza o la ruindad del emboscamiento para sorprender a traición a las presas. En los sequedales se esconde con el beso del huerto en sus fauces el **áspid**, con su oreja pegada al suelo, como si contase los pasos que faltan para «el pecado» y con la otra oreja tapada con la punta de la cola. El áspid es camaleónico y su capacidad de trasformación es trágica pues rápidamente se convierte en dragón. No lejos anda el **basilisco** que gusta mucho del estiércol, su lugar natural de incubación y aunque se pinte de gallo con cola de serpiente o se figure de gallo con pies de sapo, basilisco y áspid, figuras de «pecado... de muerte... de diablo... de anticristo». «No temáis» resuena en el interior. «Todos estos enemigos fueron vencidos por la victoria de su pasión» (c.64).

¿Por qué os fijáis ahora en la serpiente «que esconde la cabeza por el agujero de la fe en la cueva para conservar la vida y ofrece el cuerpo al padecimiento de la muerte»? (c.65). Algo de esto ocurrió en la primera travesía del desierto, cuando hubo que levantar una serpiente de bronce para alivio de todos los males. A su mirada todas las llagas eran curadas y todos los hombres quedaban en disposición de emprender la marcha. La piel se restauraba y las heri-

das no dejaban huella. Así ahora «despojándose de la piel de la antigua vida para poder llevar una vida nueva».

Fijaos bien en los carrascales y notad el vaivén de la hojarasca. Dos leones frente a frente con una presa en medio. Sus fauces se abren al unísono y sus melenas parecen ventiladores en saña creciente. Contrasta, sin embargo, la lenta proximidad de uno de ellos a la presa y con su rugido desgarrado parece indicar que no habrá león alguno que pueda despedazar de nuevo a la humanidad. ¿Cuál de los dos se apropiará de la presa? «Un león... acechando a quien devorar...; con nosotros... (el) león vencedor de la tribu de Judá» (c.66).

No ganamos para sorpresas. Ahora un **lobo y una oveja**. El lobo husmeando como si adivinase la cercanía de la sangre y ya se relame en espera del banquete que se le ofrece. El lobo acaricia sus fauces y con sus patas traseras perfila el paso de ataque. Frente por frente una oveja «que no abre la boca al ser llevada a la muerte, que nos viste y protege contra los dardos y el frío de la impiedad con la lana de la misericordia y el calor de la caridad». ¿Quién hubiera dicho que la oveja derrotaría al lobo? (c.67).

El **cordero** parece que está dormido, aunque es hora de estar despierto. También es posible que esté ensimismado en si mismo, pues los ojos no se ven a esta distancia. A la perfección se distingue su lana sin mancha, inmaculada como el primer día. En ella no ha hecho estragos el pecado y no ha permitido que sus carnes sean manchadas. Ahí donde le ves, ha «quebrantado los molares del lobo y del león». Está sentado sobre sus patas traseras por cansancio después de su donación de sangre. Con su trasfusión ha quitado «el vigor con el que el león solía devorar la vida de las almas». «El cordero ha extinguido la voracidad y la rabia, matándola... para que cuando aquél chupara sin saciarse la sangre culpable de las almas,

éste derramando la inocente, agotara a la par al devorador y bebedor de la sangre» (c.68).

El ramaje de su cornamenta sobresale por los jarales y no hay que adivinar mucho para saber que «el rey del bosque» husmea los humedales y berrea a los cervatillos, el **ciervo**, que es guía de la manada. El ramaje de sus huesos es la corona del «árbol de la vida» y su agilidad alcanza para que la serpiente perezca por la aspereza de su lengua, hecha para las aguas nuevas, y descubre la doblez de la **zorra**, que es la herejía, pues «la carrera del ciervo es derecha, pero la de la zorra tortuosa» (c.69).

En nuestra contemplación casi hemos detenido los pasos y no nos hemos dado cuenta de estar en la encrucijada de caminos. Ante nosotros, como sucederá con Ignacio, está la bifurcación a la ciudad terrena y la orientación a la ciudad celeste. Estamos ante el dilema de la vida. La elección conduce sin demora al pecado o a la salvación. Dos pueblos encontrados que pueden encontrarse según la opción de vida. «Los **cabritos** de los dos pueblos... pecadores... pero advierten que a los que corren por la caridad...nada hay de obstáculo» porque son llamados a las alturas de la contemplación, a los montes del amor, si alguna vez parece que van a desmayar, los levanta la virtud piadosa (c.70).

Para subir nada mejor que un corcel que responda pronto a la espuela y sin coaccionarle con la brida, emprenda rauda carrera hacia lo alto. Mucho dependerá del **caballo**, pues éste tiende por naturaleza a la ascensión y en su color blanco lleva la marca del sol y si hay algún lunar será debido a la compañía de una estrella. No valdrá para la gesta de la vida el caballo insolente, que se fía de sus propias fuerzas. «Solo el arrogante en la lucha, que nos lleva con activo ejercicio contra los poderes del aire y libra de los

peligros a los que apoyan su grandeza en el nombre de nuestro Señor» (c.71).

Estamos a pie de obra y habrá que recapitular. Estamos ante un mundo nuevo de comunicación para el occidental. El raciocinio ha primado sobre la imagen y ésta ha quedado como lugar poético, pero «la imagen no es simplemente una envoltura desprovista de alma. El arquetipo –modelo original y primario de una cosa; tipo eterno que sirve de modelo al entendimiento y voluntad de los hombres– se encuentra en ella del todo presente, si bien misteriosamente y oculto. La imagen es la revelación misteriosa, pero lo es solo para aquél que ha sido iniciado en este misterio»[21].

«Imagen, símbolo y palabra son tres maneras diferentes de responder a la cuestión sobre el sentido de la existencia humana. Son los tres elementos fundamentales de la comunicación y de la participación entre los hombres y entre Dios y los hombres»[22]. De ahí que no se entienda ni fácil ni difícilmente que «en la civilización actual de la imagen, el símbolo está en fuerte crisis por la banalización de la imagen impresa, filmada y sonora. Es necesario dar dignidad al símbolo y descubrir la profundidad sagrada y religiosa del símbolo, enseñar a leer el lenguaje simbólico»[23], es decir, el arte de «comunicar el mundo invisible en formas accesibles, inteligibles»[24].

El itinerario, a través de la vegetación con la visita de las aves y la presencia de los animales, no impide que reparemos en las piedras que jalonan todo camino. Ya es vieja la trasformación de piedra en pan y

---

[21] R.HOTZ, Los sacramentos... 40.

[22] Ibídem que recoge este pensamiento de W.HEINEN.

[23] F.BERGAMELLI, a.c. 292.

[24] PABLO VI, a los artistas 7 de mayo de 1964..

antigua la equivalencia de *Beith-el* (casa de Dios) con *Beith-lehem* (casa del pan) y cómo el pan eucarístico ha suplido a la piedra como lugar de la presencia real[25] de Cristo el Señor. En Ildefonso resuena, aunque citado por la 1 Carta de Pedro, no por el salmo de referencia 118: «la piedra que habían desechado los constructores se ha convertido en la piedra angular», que en versión moderna equivaldría a la piedra cimera, la piedra de coronación, con lo cual tendría sentido perfecto el ildefonsiano «para su misión de eternidad».

En la antigüedad los templos se construían con piedras sin cortar, pues el corte o la pulimentación suponía contaminación. Sólo cuando los pueblos se han aposentado, comienza el pulimento de las piedras y así ocurrirá con el templo de Jerusalén. En todo momento, no obstante, la piedra supone y trae consigo algo extraño, ajeno, traído de otra procedencia. De ahí que su valor sagrado se deba exclusivamente a ese algo o a ese lugar donde está colocada, nunca a la existencia misma de la piedra. Estas ideas subyacen en la interpretación de san Ildefonso. «Allí las piedras vivas... no sujetas a ningún corte de la blandura de los vicios, consolidadas por el calor de la caridad además de cimentar al pueblo fiel, le edifican como casa espiritual, como sacerdocio real» (c.52). Ildefonso no se aparta de la versión interpretativa tradicional, donde las piedras se unen por el mortero y los fieles por el amor[26].

Con Hugo de San Victor se actualiza esta versión de san Ildefonso: «las piedras representan a los fieles cuadrados y firmes por la estabilidad de la fe y la virtud de la fidelidad»[27] (c.52).

---

[25] Piedra, en J. CHEVALIER, Diccionario de los Símbolos, 829.

[26] Cf. Diccionario Rioduero, o.c.178; Diccionario de símbolos, 351 y Símbolos arte critiano. Salamanca, 1985, 50.

[27] Cf. MARIE-MADELEINE DAVY, Piedra, en: J.CHEVALIER, Diccionario de los Símbolos, Barcelona 1985, 833-834.

Piedra sobre piedra y todas en conjunción por la vía de los sacramentos y de la práctica de las virtudes componen el edificio de la Iglesia, simbolizada por el monte Sión, lo más alto de la Ciudad para que se pueda contemplar «la promesa de los bienes celestiales» (c.50). Sión significa contemplación o ¿es el monte, lugar de encuentro entre Dios y el hombre y por eso posibilidad de contemplación? Claramente el monte acerca el cielo y la tierra y el monte Sión es prototipo de la presencia de Dios, como otros montes que son sede de la divinidad. En el monte hay árboles, pero en un solo monte, el Líbano, ya que se le han cortado los árboles para acabar con los soberbios, *hay olor que llegará a ti* (Is 60,13) es decir «que las obras de las almas santas exhalarán en tu presencia un *aroma deleitable*».

La fascinación que ejerce la montaña. Cada una tiene una llamada que impulsa al hombre a una respuesta pues el hombre no se detiene ante el desafío que supone el monte. Sión y el Líbano son montes de escalada, son como escalones que sirven de fundamento al gran monte, «aquel único monte más alto que la cumbre de todos los montes». Tiene una ascensión singular, en la que no caben artes humanas ni se sube de pie, sino de rodillas, para que las rodillas aprendan que «la piedra... (ha estado cortada) sin trabajo humano» y el corazón perciba que su cima abraza «todo el orbe de la tierra»). En lo cota más alta del monte veréis unos palos en cruz, que sirven de cuna a la Humanidad, «cuando el Verbo hecho carne sin acción conyugal» puso su tienda en lo alto de la cima para que todos pudieran adivinar que la altura se consigue de rodillas y la profundidad se alcanza de pie. «Sobrepasó... a todos los montes por su altitud, porque... está sentado en el solio de su Padre» (c.49), cuando antes había asentado sobre sus brazos el peso de todo el mundo como ofrenda.

¿Hemos llegado al término? Afinad el arpa y que suenen los instrumentos. Ahora el himno del universo al desierto (c.72)

«Oh dichoso desierto, en el cual no se camina con los pies del cuerpo, sino con los impulsos del corazón; en el que no se busca la ambición de la felicidad, sino su consideración; donde el espíritu no se fatiga al avanzar, porque no se camina con el movimiento de las piernas... donde no hay olvido del futuro, aunque sean duras las apreturas del presente; donde ya se gusta algo de la recompensa cuando la perseverancia se mantiene inquebrantable con el peso del padecer; a la cual no fecundan las aguas de los placeres, sino el calor de la caridad... donde toda santa acción es gozo, y la ociosidad execrable y nula. No es tan ardua que llegue a espantar... Allí todo viajero herido por la caridad corre y es impulsado vivamente por el aguijón del amor al premio de su herida... Los mayores en edad... brillan con el esplendor de la gloria interna... Los jóvenes vencen en las guerras de las tentaciones... Las mujeres hacen resonar himnos de gloria en la cítara... No habrá nadie, de cualquier género de vida y dignidad, sexo y clase, representación y linaje, a quien no mantenga, en el viaje de esta vida mortal, la mansión de este desierto santo... allí caben todos los órdenes humanos...porque todo viajero que camina por él, cuanto más sabio y adherido estuviera a su orden propio, tanto más seguro estará de la esperanza del premio, y cuanto más ferviente en obrar el bien, tanto más confiado estará de percibir el premio»[28].

---

[28] J. CAMPOS, o. c. 420-423, sintetizado aún conservando literalmente las palabras traducidas del *Itinere deserti*.

7.- CONCLUSION.

¿Hacemos una innovación, mejor, una extrapolación? Después de cuanto antecede, opino que el pensamiento de san Ildefonso en el intento de hacer trasparente su mundo –inerte, vegetal y animal– para que sirviera de reflejo de Dios y de trasparencia de presencias ha logrado su objetivo. Posiblemente sea pretencioso en mi afirmación. Lo dejo como está escrito. Me pregunto ahora. ¿Sería posible leer a san Ildefonso como un pionero de la Ecología? ¿Cómo es posible leer con ojos de los comienzos del tercer milenio unos textos del siglo séptimo? Ya sé que el dislate es inmenso. Sigo, no obstante, preguntándome si no sería posible esta interpretación con tal de llegar a unas afirmaciones aceptadas por todos o todavía menos, que no fuesen rechazadas como hipótesis de trabajo?

Todo tratado de ecología y ésta ha nacido en el mundo occidental tiene como presupuesto una realidad: el monoteísmo, profesado aún por los agnósticos, al menos como comportamiento o modo intelectual. El monoteísmo posibilita, por primera vez en la historia de la humanidad el conocimiento y el comportamiento de los hombres relacionado con los componentes de la naturaleza. La unidad creada y puesta en circulación por un único Poder lleva a contemplar las interrelaciones de los organismos y sus respectivos medios. El conocimiento de estas interrelaciones es la disciplina, llamada hoy **Ecología:** «una rama de la ciencia que se interesa por la inter-relación de los organismos y el medio ambiente»[29].

¿Se prefiere sencillamente que la exposición ildefonsiana sea sacramental? En este caso, con la mayor naturalidad, podremos afir-

---

[29] NOGAH HAREUVENI, Ecología en la Biblia, Kiryat Ono, Israel,1974,7.

mar que el Universo es el libro de la comunicación de Dios al hombre y que en este libro caben todos los mensajes para advenir a mundos superiores.

Mi opinión. Ciertamente que Ildefonso **no toma todas sus figuras de la Biblia.** Algunas sí que están claramente en el texto bíblico. Las más están tomadas del ambiente que conoce. En su tratamiento es cierto que las hace trasparentes de una vida espiritual y como referencia luminosa para la andadura en pos de las virtudes. Esto es indiscutible. El tratamiento también –para mí indiscutible– es el tacto, la suavidad, la expresividad que alcanzan las alegorías en la pluma de san Ildefonso. ¿El «itinerario del desierto» no es el espacio que media entre el paraiso y el «adamah», es decir, el polvo, la arcilla, el barro, la tierra? Posiblemente la Ecología, en instancia última pudiera ser considerada como la versión actualizada del «mito del eterno retorno». ¿No es ésta la pretensión última de la Ecología?

Terminando. «Y se probará que se ama realmente a Dios entonces cuando el amigo según Dios, amado por Dios, se convierte probadamente en enemigo» (c.90) que es lo que he conseguido yo abusando de la posibilidad de atención.